

WALTER LEZCANO

El campo en
la literatura
actual

Página 2



NICOLÁS MAVRAKIS

Un paisaje de
pastoras y
bárbaros

Página 3



JUAN PABLO BERTAZZA

El grito
inhumano

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 282 | JUEVES 27 DE ABRIL DE 2017

EL VÉRTIGO HORIZONTAL

El campo siempre
ha ocupado
un lugar
sobresaliente
en la ficción,
desde las
bucólicas
hasta nuestra
literatura
gauchesca.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"La última cena" de Leonardo da Vinci, el delicado fresco que se encuentra en el refectorio del convento de Santa María delle Grazie en Milán, podrá contar con un nuevo sistema de climatización capaz de limpiar el aire más rápidamente y combatir así su deterioro. La instalación del nuevo sistema de aireación del también llamado "Cenáculo" concluirá en 2019, fecha en la que se

recordará el 500 aniversario de la muerte de Leonardo da Vinci, y permitirá emitir 10.000 metros cúbicos de aire limpio en el refectorio de Santa María delle Grazie. El nuevo sistema dará quinientos años más de vida a la obra del polifacético artista del Renacimiento y será financiado por el Ministerio de Bienes Culturales, que invertirá 1.200.000 euros (us\$ 1,28 millones de dólares).



El campo en la literatura actual



→ WALTER LEZCANO

El campo es una zona que todavía se presenta misteriosa para los que no viven ahí y que, sin embargo, tiene algunas puertas de acceso para comenzar a entenderlo.

Escribire el pensador norteamericano Henry Thoreau (1817-1862) en el libro *Una vida sin principios* (Ediciones Godot) que acaba de aparecer en la mesa de novedades: "Si un hombre se adentra en los bosques por amor a ellos cada mañana, está en peligro de ser considerado un vago; pero si gasta su día completo especulando, cortando esos mismos bosques, y haciendo que la tierra se quede calva antes de tiempo, es un estimado y emprendedor ciudadano. Como si un pueblo no pudiese tener otro interés que en un bosque que el de costarlo". Al ser un escritor que dedicó toda su vida a pensar y meditar sobre la naturaleza, Henry Thoreau tiene bien en claro la relación compleja y conflictiva que las personas tienen con su entorno natural y con el campo en particular. Ya sea como un territorio a explorar y descubrir o como un prejuicio incomprobable que hay que sostener de todas maneras.

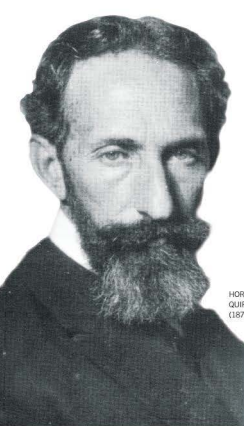
En nuestros días, desde sus mismos orígenes, el campo representó la zona donde el conflicto era el estado permanente de relación. Primero fue la inmensidad que había que vencer para que Argentina pudiera progresar y desarrollarse, luego se trató del espacio que había que ganar y colonizar como sea. Martín Fierro de José Hernández, *La Cantata* de Este-

ban Echeverría y el inolvidable *Fuencubá* de Sarmiento, entre otros, son los textos que dan cuenta de una realidad incluyente: Argentina era un territorio que tenía que lidiar con la inmensidad del desierto y relacionarse con sus habitantes para configurarse y definirse como un país. Y es eso un poco lo que se cuenta en el excelente ensayo *Un desierto para mí país* (Fierma Cadencia) de Fermín A. Rodríguez: el recorrido literario que se hizo en los primeros años de Argentina donde la naturaleza y sus nativos constituyó un verdadero "inconveniente" para unirse y señalar un camino a seguir.

Horacio Quiroga (1878-1937) resulta un nombre ineludible a la hora de pensar la literatura argentina pero también cuando se trata de reflexionar sobre una obra donde la naturaleza ocupa un lugar central. Ahora bien, ¿qué tipo de presencia tiene el campo en los textos de Quiroga? ¿A no dudarlo: habita como amenaza, como peligro, hasta como un animal salvaje e indomable. Es decir, muchos de los personajes que recorren los cuentos de Quiroga mueren cuando lo tratan de enfrentarse, de alguna manera, a la inmensidad de su entorno.

Es en libros como *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, *Los desterrados*, *El desierto*, entre otros, donde la presencia de la naturaleza sirve para mostrarnos la fragilidad de lo humano frente al poder terrible de las inmensidades que agitan los destinos de ciertos personajes inhóspitos.

«Mis cercanos en el tiempo se han ido alejando de mí y me han retratado natural. Y a veces es posible que los paisajes se filtran en espacios completamente urbanos y son determinantes para



HORACIO QUIROGA (1878-1937)

"¿QUÉ TIPO DE PRESENCIA TIENE EL CAMPO EN LOS TEXTOS DE QUIROGA? (...)
"ES EN LIBROS COMO CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE, LOS DESTERRADOS, EL DESIERTO, ENTRE OTROS, DONDE LA PRESENCIA DE LA NATURALEZA SIRVE PARA MOSTRARINOS LA FRAGILIDAD DE LO HUMANO".

producir la escritura. Por ejemplo, ahí está *El ciclo de Bouda* (Blatt & Ríos) de Daniel Durand, un texto donde se trata de ver el cambio del cielo desde una terraza durante una temporada. Durante ese tiempo, ¿cambia lo natural, el que mira o todo junto? Es un poemario que aborda esta cuestión. Dice: *La tarde aguarda, el blanco horizonte aguarda, el viento en borbotones de gris que los caracanes y horripantes hacia el este, para dar el espectáculo año incierto al final de esta hiperrealidad congelante*. En algún sentido, aquí la naturaleza se percibe como una entelequia a

descifrar. Lo que nos lleva directamente a Mike Wilson.

La aparición de la novela *Leñador* (Fiordo) en el año 2016 significó descubrir una voz nueva, Wilson es un norteamericano que vive y trabaja de docente universitario en Chile, que aborda la naturaleza desde una perspectiva que implicaba, por parte del personaje principal, el lector, una suerte de "purificación". ¿De qué? De la agitación de la ciudad, de un determinado tipo de vida y, por supuesto, del lenguaje como herramienta utili-

zada. Dijo Wilson en una entrevista: "No tengo una relación especial con la naturaleza, pero me interesan mucho los espacios, los lugares, suelen ser protagonistas en lo que escribo. Creo que el vínculo con Thoreau es válido desde la perspectiva del lector, ellos deciden esas cosas". Un personaje, un ex boteador y combatiente de las Malvinas, por un motivo decide irse a vivir a Yukón, Canadá, y comienza una nueva vida rodeado de un espacio en el que todo, absolutamente todo de verdad, está por revelarse. Ahora aparece *Arco* (Fiordo) y es un poema narrativo muy largo donde el amor es la ausencia más perceptible y la naturaleza es una sensación de la cual se llena la mente del protagonista. La impiedad del mundo es más terrible que aquella que se vive en el arctic.

Por último, uno de los mejores escritores jóvenes de la actualidad, por contar con un proyecto literario en el que cada obra es un paso más en la construcción de su propuesta, acaba de publicar *Notas de campo* (Excursiones). Hernán Ronsino (Chivilcoy, 1975) luego de sacar las novelas *La descomposición*, *Gleco* y *Lambre* y el libro de cuentos *Te comitaré de mi boca* incursiona en el ensayo con una temática amplia que, en algún sentido, estuvo abordando en sus novelas. Dividida en tres partes, *Huellos, Lecturas y Temores*, Ronsino, desde su posición de autor de ficciones, encarna la naturaleza desde un costado más personal que sustenta y sostiene su escritura. Como dijo en una nota reciente para *Telam*: "Para mí la literatura, más allá de contar una historia, es pensar una poética y estar busciéndola obsesivamente. Ese es el tema que podría recuperar en autores argentinos y también de otras latitudes. Un autor no se construye solo por lo local. Como decía Borges, la literatura argentina pertenece a una literatura mundial que se alimenta de cualquier forma de literatura". Vale la pena acercarse a este autor que ya cuenta con un territorio personal en el campo literario argentino.

El Fondo Nacional de las Artes entregará los premios del Concurso de Artes Visuales 2016, durante un acto que se realizará mañana a las 19 en la portaña Casa de Victoria Ocampo, ubicada en Rufino Etchealde 2831, al tiempo que inaugurará la muestra con las obras ganadoras. Carolina Biquard, titular del FNA, encabezará la ceremonia, junto a los directores de arte de la institución, Eduardo Stupia y Rosa

Aielli. Los ganadores de los tres primeros premios de la categoría pintura/dibujo son Paula Otegui, Mauro Koliva y Verónica Calfat; los de fotografía son Pablo Zicarello, Florencia Levy y Agustina Triquelli, y los de escultura/objetos Rosana Schojett, Gabriel Baggio y Lucía Amatista. Los artistas fueron seleccionados entre 3200 postulantes por Silvia Gulefin, Ana María Battistozzi y María Teresa Constantini.



Un paisaje de pastoras y bárbaros



→ NICOLÁS MAIVARIS

Un recorrido desde las antiguas églogas hasta nuestra literatura nos permite ver los personajes que pueblan las campañas literarias.

A partir del siglo IV antes de Cristo los griegos pasaron por un momento su mirada concentrada en el cielo, donde imaginaban a Zeus, y dejaron de mirar hacia el mar, donde imaginaban a Poseidón, para concentrarse en lo que había bajo sus pies. El responsable histórico de ese recorte del paisaje —esa gran primera elaboración poética de la naturaleza inmediata— se llamó Teócrito. Fundador de la poesía bucólica e inspirador directo de las *Églogas* de Virgilio, la lírica y la poética de Teócrito inauguraron también la pregunta por el modo en que los hombres se vinculan con su territorio. Más cercanas que aquellas en el Olimpo, las vidas de los hombres y las mujeres que nacían, producían, cantaban y eran enterrados después de morir en la tierra iban a absorber a partir de entonces las coordenadas de lo que sería desde entonces una tradición estética. Pero, al mismo tiempo, ¿en qué se convertiría el mundo, si preguntaron los poetas, de entonces, cuando las mitades pasaron a ocupar mayores posiciones en el mapa de la explotación y de la manipulación de los recursos? El estadounidense Henry David Thoreau (1817-1862) escribió en aquel contexto un libro que hoy es muy leído (reditado este año por Ediciones Godot), uno de los documentos literarios más transparentes —y todavía disfrutables— acerca de las aprensiones y las fantasías que la civilización moderna, en pleno trance hacia el mayor salto técni-

cial énfasis el pulso de la más estricta naturaleza y de las vidas mundanas que mejor conocían y aprovechaban sus secretos. ¿no era porque la naturaleza conversaba un cierto retorcido frente a diversos procesos rápidos de urbanización?

Esa pregunta nostálgica, recurrente para todas las escuelas estéticas en cualquier punto de la historia, aún permanece vigente —la noción de un "ecosistema digital" reformula hoy mismo la idea de lo que se considera un "espacio vital" — y hace de la representación de la naturaleza un objeto definido no tanto por alguna voluntad mimética —es decir, el esfuerzo de "mostrar" o "copiar" mediante bellas descripciones lo que hay— como por su atractiva capacidad para traslucir las variadas crisis históricas de quienes la habitan (un ejemplo clásico alrededor de las virtudes inculco políticas de tales espacios naturales lo dio Samuel Johnson cuando, en pleno siglo XVIII, escribió que Canadá era "un lugar donde los que no podían hacer ningún bien viviesen sin poder hacer daño"). Desde las campañas con arboladas sugerentes, como las que poblaban la poesía bucólica de la Antigüedad y en las que los pastores perseguían y enamoran a las pastoras, añorando una Edad de Oro, hasta las paredes grises y lisas de Wall Street frente a las cuevas del escribiente Bartleby se hundía en la enajenación del capitalismo moderno, el concepto de la "naturaleza" alcanzó uno de sus mayores instantes críticos durante la Revolución Industrial. En esa época, la pregunta se volvía palpable: ¿en qué se convertiría el mundo, si preguntaron los poetas, de entonces, cuando las mitades pasaron a ocupar mayores posiciones en el mapa de la explotación y de la manipulación de los recursos? El estadounidense Henry David Thoreau (1817-1862) escribió en aquel contexto un libro que hoy es muy leído (reditado este año por Ediciones Godot), uno de los documentos literarios más transparentes —y todavía disfrutables— acerca de las aprensiones y las fantasías que la civilización moderna, en pleno trance hacia el mayor salto técni-



HENRY DAVID THOREAU (1817-1862)

AUTOR DE *UNA VIDA SIN PRINCIPIOS*, UNO DE LOS DOCUMENTOS LITERARIOS MÁS TRANSPARENTES ACERCA DE LAS APRENSIONES Y LAS FANTASÍAS QUE LA CIVILIZACIÓN MODERNA ERA CAPAZ DE PROYECTAR ALREDEDOR DE LA NATURALEZA.

co previo a la existencia de internet, era capaz de proyectar alrededor de la naturaleza.

La vida de Thoreau, de hecho, fue una apuesta romántica en sí misma. Si restaba aún algo "genérico" en el corazón de una humanidad que se precipitaba hacia el progreso, Thoreau dudaba en someter sus ritmos vi-

sería el lugar desde el cual iba a criticar las normas, los hábitos y las ambiciones de su época. Este, por ejemplo, es Henry David Thoreau decidido a invertir la manera en que se mide el patrón oro: "¿No es sufriendo nuestro sueño natural? ¿No iría acaso nuestro valle un arroyo desde las montañas doradas? ¿Y este no ha estado trayendo las partículas brillantes y formando pepitas para nosotros por más de una era geológica?". Como escribe Diego Mellado Gómez, para Thoreau "el fracaso de pasar la vida intentando ganársela" es uno de los asuntos que "en el torbellino de las ocupaciones" termina por desnaturalizar no solo al espacio sino también al espíritu humano en sí mismo.

En la literatura argentina, por su lado, la pregunta por la naturaleza también ha sido siempre un modo de representar a la política nacional. Fundada nada menos que por el poeta romántico Esteban Echeverría, piezas como *La cautiva* y *El matadero* insisten en señalar precisamente lo opuesto de aquello que los colegas europeos defendían en plena Revolución Industrial: no es en lo agreste y en la convivencia armoniosa con los elementos donde perdura el espíritu genuino de lo humano sino en el artificio de la civilización. Es en el orden geométrico, científico y práctico de la ciudad donde los hombres pueden salvar su existencia de las pulsiones caóticas de la barbarie (y esta, por supuesto, es la planificación general del romanticismo histórico de Domingo Sarmiento en su gran *Ficciones*). En pleno siglo XXI, la pregunta, sin embargo, ha cambiado. Si la producción industrial borró lo que entendíamos hasta entonces como "naturaleza", ¿qué resta del paisaje precisamente hoy, cuando la financiarización cada vez más abarcadora de la economía y de los procesos productivos borra muy rápido del mapa a aquellos novedosos paisajes industriales que esbozaron los románticos al imaginar el hombre moderno?

tales al mandato de los cronogramas fabriles, el modo preferencial para rescatarlo y difundirlo debía estar en el corazón mismo de la naturaleza (con un giro más inteligente y perverso, Joseph Conrad iba a identificar las derivaciones de una posibilidad semejante en el mundo de la literatura cuando escribió la historia del señor Kurtz en *El corazón de las tinieblas*). Es por eso que Thoreau decidió, finalizada su educación en Harvard, regresar a su Concord natal en Massachusetts y construir una cabaña y vivir en el bosque. Ese

EL ARTISTA BENITO LAREN EXHIBE SU DESOPILANTE FÁBULA SOBRE LA REALIDAD

"Fabularen", una exposición que repasa los momentos más destacados de la carrera del artista Benito Laren (San Nicolás, 1962), cuya obra se centra en temáticas y conceptos que giran en torno al esoterismo, los ovnis y citas a obras maestras de la historia del arte, se podrá visitar hasta el 25 de junio, en el museo de la Colección de Arte Amalia Lacroze de Fortabat, Olga Cossettini 141, Puerto Madero

(Caba), de martes a domingos de 12 a 20. Proveniente de la generación de artistas de los '90 que mostraron en el Centro Cultural Rojas en la época de Jorge Gumier Maier, Laren es un espécimen difícil de clasificar, que construye un personaje desopilante alrededor de su figura y que en sus obras utiliza soportes como vidrio pintado con esmaltes, ruedas de bicicleta, puertas de autos y raquetas.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 27 DE ABRIL DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ JUAN PABLO BERTAZZA

El grito inhumano

La presencia casi como un personaje más del campo en la novela de iniciación de losi Havilio, *Opendoor*, la convierte, más que nada, en una interesante novela de extravío.

En su primera novela *Opendoor* (Entropía, 2006), losi Havilio retoma un tópico pilar en la historia de la literatura argentina: la representación del espacio del campo, trabajado por una diversa gama estética e ideológica que va de Benito Lynch a Ricardo Güiraldes, del realismo de tranquera de *Los carambos de la Florida* a esa idealización que encuentra su cumbre en aquel inerte como quien se desangra de Don Segundo Sombra. Havilio aportó a esa tradición un punto de vista contemporáneo a partir de una concatenación de enigmas y pequeñas tragedias que, luego de sufrir la desaparición de su novia, atraviesa una joven veterinaria al acceder a ese paisaje de lo urbano a lo rural. La protagonista llega, de hecho, a un campo en los alrededores de Luján para diagnosticar el tumor de un caballo y se queda para experimentar la reverberación de algo que se mantendrá latente. El campo en *Opendoor* —un pueblo casi fantasma a menos de cien kilómetros de Buenos Aires, famoso por aquel infructuoso proyecto psiquiátrico que le dio nombre— es un espacio plagado de líneas de fuga que sirve de escenario a una temporada en las antipodas del amor, una estadía

tan rural como dionisiaca donde abundan la mariluzana, la ketamina, el mal sexo con un hombre de campo y la carga perpetua junto a una nena menor de quince años. Aunque la editorial Bajo la Luna la trajo a nuestro país en 2013, *Todo está tranquilo arriba*, la también opera prima del holandés Gerbrand Bakker, también apareció originalmente en 2006 y no deja de tener ciertas coincidencias temáticas con *Opendoor*, aun cuando le asigne a los animales aún más carga simbólica.

Bakker es, dicho sea de paso, el primer escritor holandés en obtener, en 2010, el premio Impac de Dublín, galardón que además de ofrecer la friolera de 100.000 euros (lo que lo convierte en el premio mejor pago de lengua inglesa) debe su prestigio al largo y complejo proceso de selección que garantiza, a su vez, la participación de escritores de todo el mundo a que ya premio, por ejemplo, a Houellebecq, Pamuk, Herta Müller y Javier Marías.

Lo cierto es que casi al final del libro, en el discurso de agradecimiento a ese premio que, en un gesto original, incorpora la edición argentina de *Todo está tranquilo arriba*, Gerbrand Bakker refiere: "Soy de Frisia occidental, una región en los Países Bajos donde los granjeros lloran cuando se muere una vaca, pero no mueven un músculo cuando entierran a sus madres".

Además de llorar a las vacas, Bakker es instructor de patinaje sobre hielo, jardinero de profesión y un profundo conocedor de la etimología de su idioma. Ambientada en una granja al norte de Holanda, *Todo está tranquilo arriba* (que recibió varios premios internacionales, los elogios de J.M. Coetzee, se tradujo a veinte idiomas y fue el libro más vendido en



OPENDOOR, JOSI HAVILIO.

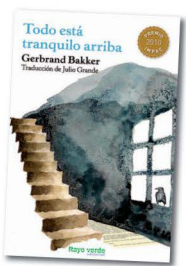
novelas marcadamente autobiográficas que muestran que, después de todo, lo autobiográfico solo termina siendo relevante por haber sido tratado de una forma exquisitamente literaria.

El protagonista es Helmer van Wonderen, un hombre maduro, taciturno y solitario que decide hacer reflexiones en su casa, sobre todo intercambiar su habitación con la de su padre, un viejo mañoso que presenta una conducta bastante parecida a la de los múltiples animales que conviven con ellos dos en la granja. Tres décadas atrás, dos muertes se encargaron de noquear a una familia que quedó literalmente partida al medio: la de su madre y la de su hermano gemelo, el preferido de su padre y por ende, el heredero natural en el que la familia entera había depositado toda esperanza.

A medida que suceden los acontecimientos de la trama —y, entre ellos, la llegada de misteriosas cartas que, en cierta forma, lo obligan a Helmer a volver a enfrentarse con lo que significó la muerte de su hermano gemelo—,

vacas, burros, corderos, ovejas, aves, perros y gatos desfilan por estas páginas casi como insinuaciones de lo que el autor sugiere con maestría y nunca termina de explicar: la homosexualidad velada del protagonista y la incapacidad para tomar las riendas de su propia vida por tener las manos ocupadas en sostener los deseos ajenos.

Por todas esas causas y algunas otras más, Helmer debe abandonar definitivamente su afición a la literatura y sus estudios en la ciudad de Amsterdam para dedicarse a las tareas de la granja (otra vez el paisaje entre el medio urbano y lo rural) al mismo tiempo que se carga al hombro la presión de ser el último exponente de la dinastía Van Wonderen, una familia al borde de la extinción. Y la animalización no es caprichosa: a lo largo de las páginas esta esa vaca que se regala —a veces como un símbolo y a veces como una amenaza— la presencia de animales. Animales



TODO ESTÁ TRANQUILLO ARRIBA, GERBRAND BAKKER.

salvajes que, aun contra su propia voluntad, pueden terminar resultando entrañables; gatos que pierden su naturaleza doméstica y, por las noches, llevan el terror a la granja; ovejas que deprimen a Helmer desde la pintura de un cuadro que su padre adora; animales africanos estampados en un edredón a estrenar que animan y animalizan el deseo sexual.

Una presencia tan avasallante y, a la vez, pasiva como la mirada de las vacas, una presencia que repercute a múltiples niveles: los animales son este libro metáfora, materia prima y también molde del tremendo silencio de Helmer. Es por todo eso que, teniendo en cuenta la permanente dualidad que la novela desarrolla desde el título hasta el final —un arriboy un burro, un perro y un caballo y un animal animal—, el ámbito de los animales en este libro constituye algo así como la calma que antecede al huracán.

El grito inhumano que viene a suplir, de una vez y para siempre, la falta de palabra.